

LOS SABERES SOBRE LO SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

THE KNOWLEDGE ABOUT THE SOCIAL IN LATIN AMERICA

Por **Mariano Zarowsky**

zarowskymariano@gmail.com

orcid.org/0000-0003-4505-577X

RECIBIDO 01-03-2015

ACEPTADO 12-05-2015

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires
Argentina

RESUMEN

La interrogación por el posicionamiento y por las condiciones de producción de los saberes sobre lo social en América Latina representa una ocasión fructífera para revisar una serie de supuestos y de oposiciones de nuestras tradiciones intelectuales y culturales. En este artículo se presentan algunas ideas teóricas y metodológicas que, a modo de notas de lectura y de conclusiones provisionarias de un trabajo de investigación en el campo de la historia intelectual de los estudios en comunicación y cultura, se ofrecen como contribución para pensar la cuestión. Se propone revisar una serie de oposiciones más o menos frecuentes en este campo: aquellas que contraponen lo local y lo transnacional, la autonomía académica y la politización, la tarea de los intelectuales y la de los expertos, la de los hombres de ideas y la de los hombres políticos.

PALABRAS CLAVE

pensamiento latinoamericano, intelectuales, historia intelectual

ABSTRACT

The question of positioning and the conditions of production of knowledge about the social in Latin America provides a fruitful opportunity to review a series of assumptions and oppositions which entailed our intellectual and cultural traditions. This article presents some theoretical and methodological ideas that, like notes of reading and of provisional conclusions of a work of investigation in the field of the intellectual history of the studies in communication and culture, offer as contribution to think about the question. Intends to review a series of oppositions more or less frequent in this field: those who opposed the local and transnational, academic autonomy and politicization, the task of intellectuals and experts, the men of ideas and the men political.

KEYWORDS

latinamerican thought, intellectuals, intellectual history



LOS SABERES SOBRE LO SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

LECTURAS SOBRE PERSPECTIVAS Y DEBATES CONTEMPORÁNEOS

Por **Mariano Zarowsky**

La pregunta por el posicionamiento y por las condiciones de producción de los saberes sobre lo social en América Latina, sobre la que versa este número de *Oficios Terrestres*,¹ representa una estimulante y una fructífera ocasión para reflexionar sobre un conjunto de supuestos y de oposiciones que atraviesan nuestras tradiciones académicas y culturales y nuestros debates intelectuales. Me refiero, si se me permite la forma breve, y por ende algo esquemática, a la idea de que América Latina, como *abstracta* y *homogénea unidad*, contendría como destino las disposiciones para la generación de un conocimiento crítico y transformador; o bien, a aquella otra, complemento y contracara de esta, que supone que el continente estaría sometido a una suerte de «colonización cultural» que impediría como una fatalidad todo desarrollo intelectual autónomo, al menos que estemos dispuestos a «desprendernos» de «nuestros ropajes extranjeros». Estos supuestos se suelen anudar a una serie de oposiciones que –nuevamente, si se me permite la simplificación– contraponen *lo local* y *lo transnacional*, la *autonomía académica* y la *politización*, la tarea de los *intelectuales* y la de los *expertos*, o bien la de los *hombres de ideas* y la de los *hombres políticos*.

Como contribución al debate que propone el dossier, y lejos de pretender originalidad y exhaustividad, lo que sigue son, apenas, un conjunto de notas que intentarán presentar de manera sintética algunas ideas, tanto teóricas como metodológicas, que he sistematizado a partir de mis investigaciones recientes en el campo de la historia intelectual de los estudios en comunicación y cultura. Estas me permitieron identificar y problematizar estos supuestos y oposiciones, y contribuyeron a forjar criterios para mantener cierta distancia o, al decir de Pierre Bourdieu, una suerte de vigilancia epistemológica con las propias prenociones. Resultan de la exploración y de la problematización de una serie de perspectivas teóricas y de la lectura, en clave comparativa, de un conjunto de pesquisas recientes o de análisis de casos en un vasto campo en el que se cruzan la historia intelectual (sobre todo, de las disciplinas de las ciencias sociales), la sociología de la cultura y la historia de los intelectuales.

ANTE TODO, SEÑALAR LA CONDICIÓN PERIFÉRICA

Propongo, en primer lugar, partir de una premisa básica e ineludible: el *carácter histórico y social de un saber especializado sobre lo social* que se produce, que circula y que se legitima en condiciones dadas, esto es, en el marco de relaciones de jerarquía y de desigualdad. Si bien el conocimiento es producto de la actividad social en su conjunto, y existen saberes soterrados o no reconocidos, en general vinculados a grupos sociales que disputan por su reconocimiento, es innegable que, en cualquier sociedad estratificada y jerarquizada, existe un espacio legitimado socialmente y delimitado donde se disponen y se concentran agentes especializados dedicados a la producción de saberes sobre lo social y recursos materiales y simbólicos para tal fin: presupuestos, bibliotecas y laboratorios; tradiciones intelectuales y de investigación que funcionan como capital acumulado. También se centralizan las agencias de planificación y las redes materiales de producción, de circulación y de consagración que establecen mediaciones y articulaciones entre el conocimiento producido y determinadas demandas sociales. Si esta concentración se da al interior de las sociedades nacionales, es sobre todo en el plano de las relaciones internacionales donde esta se manifiesta en toda su plenitud: los circuitos y las instituciones universitarias y culturales de América Latina (aunque en el continente convivan situaciones nacionales y regionales muy heterogéneas que obligarían a matizar esta unidad nominal) ocupan una posición subordinada o periférica en relación con los grandes centros internacionales. Me refiero a la acumulación desigual de recursos institucionales, materiales y simbólicos, pero, también, a la configuración de relaciones asimétricas que reproducen esta desigualdad a través de procedimientos que contribuyen a la universalización de categorías de percepción y de clasificación del mundo: políticas de traducción y de expansión lingüística y cultural, formación de «recursos humanos» académicos e intelectuales en los centros mundiales, cooptación de los recursos ya formados en la periferia, entre otros. ¿De qué manera estos mecanismos contribuyen a la reproducción de las relaciones de asimetría? Sobre todo en la medida en la que producen una progresiva y una constante disociación entre los saberes de origen externo y el trabajo local de apropiación y de producción de conocimientos. Esta disociación genera serias dificultades para asociar el conocimiento producido en las sociedades periféricas con las demandas sociales y para vincularlos con proyectos de autonomía y de desarrollo endógeno. Bourdieu ([1990] 1999) observaba, refiriéndose a la circulación internacional de las ideas, que los textos suelen circular sin importar con ellos el campo de producción del cual son resultado, por lo que son interpretados en un nuevo contexto que no es objeto de una reflexión conciente. Así, una corriente o un concepto, originado en un contexto y en función de una situación histórica determinada, se erige como elemento explicativo para cualquier otra situación, «universalizando», así, una producción particular. El «imperialismo de lo universal» (Bourdieu, [1990] 1999) se instituye como resultado de estas formas de dominación.

Aunque señalan una tendencia difícil de soslayar, estos mecanismos generan o están atravesados por resistencias o por contra tendencias. En materia de circulación de saberes especializados sobre lo social, como ocurre en el plano de la producción social de significación en términos generales, el momento de la recepción, como veremos en el próximo parágrafo, lejos de suponer una mera reproducción pasiva de los saberes producidos en otras realidades, suele poner en juego –en condiciones dadas y a partir de ciertas disposiciones– interpretaciones, usos y apropiaciones que transforman el conocimiento recibido y producen combinaciones originales. Aún así, lo afirmado hasta aquí de manera sintética en relación

con el carácter social, histórico y desigual de los modos de producción del saber sobre lo social, en especial en lo referente a los intercambios y a las relaciones internacionales, tiene como objetivo problematizar los supuestos de una posición teórica o de una actitud intelectual: aquella que sostiene, de manera *voluntarista*, que bastaría volver la mirada sobre «nuestra realidad nacional» para producir un «pensamiento propio», un «conocimiento crítico adecuado a nuestras necesidades sociales».

Intentamos, frente a este supuesto *esencialista* que hace abstracción de las condiciones sociales en las que se produce, circula y se legitima el conocimiento especializado sobre lo social, poner de relieve que, dada la inserción de nuestras sociedades latinoamericanas en un *sistema-mundo* capitalista (Wallerstein, [2004] 2006), existe un marco desigual de acumulación de recursos materiales y simbólicos. Este se manifiesta en una circulación asimétrica de teorías, de autores y de modelos de acción intelectual que tiende a desvincular los productos intelectuales de los procesos productivos y al trabajo de apropiación de conocimientos de los contextos locales y de las problemáticas endógenas. Se trata de condiciones difícil de soslayar. Estas colocan a las ciencias sociales latinoamericanas frente a dos desafíos: en primer lugar, ante la pregunta por las lógicas que gobiernan esta relación entre lo local y lo transnacional o, en otras palabras, por los modos en los que en la periferia –dado que no es posible desconocer la existencia de esta situación asimétrica, producto de condiciones objetivas– se generan condiciones y posibilidades tanto de producción como de apropiación de conocimiento. En segundo lugar, frente a la pregunta por el carácter «latinoamericano» del saber sobre lo social que se pretende producir. Si las nociones mismas de centro y de periferia indican que no existen estos dos polos como instancias autónomas y preexistentes,² sino que su propia entidad es producto de una relación que se despliega en un espacio-mundo, la idea de un «pensamiento nacional» o «latinoamericano», por fuera de los vínculos o las dimensiones transnacionales que le son constitutivos, quedaría relativizada. Se trata, como argumenta Elías Palti (2007), de pensar esta relación de interdependencia –sin que ello implique disolver la existencia de la condición periférica– evitando el riesgo de caer en explicaciones esencialistas o dualistas, las que oponen «modelo» y «copia», pensamiento propio (sinónimo de verdadero) y ajeno (sinónimo de falso).³

LO SABERES SOCIALES ENTRE LO LOCAL Y LO TRANSNACIONAL: MARXISMO, CIRCULACIÓN DE IDEAS, MEDIADORES CULTURALES

Una breve o una panorámica referencia a la historia intelectual del marxismo latinoamericano puede contribuir a poner de relieve estas y otras aristas del problema planteado. La existencia y la naturaleza de este marxismo tal vez se pueda definir, siguiendo a Michael Löwy (2007), en la articulación de dos interrogantes: ¿cómo dar cuenta de la *dimensión universal* que contiene la tendencia a la generalización y al devenir mundial de las lógicas que dirigen la acumulación capitalista? ¿Cómo hacerlo sin desconocer las *particularidades* en las que estas lógicas se despliegan en cada formación social específica, a partir de las fuerzas que ellas mismas desencadenan?

Frente a las diversas variantes de *eurocentrismo* que predominaron en el marxismo desde la segunda internacional, que suponen que los países capitalistas en desarrollo siguen esquemas

evolutivos ya desplegados en los países industrializados, pero, también, de su reverso simétrico, el *localismo* o el *excepcionalismo latinoamericano*, que afirma una supuesta singularidad del continente sin dar cuenta de su inscripción en un espacio-mundo capitalista, el marxismo latinoamericano, sostiene Löwy, cobró entidad y potencia allí donde hubo intelectuales que pudieron «traducir» tanto esquemas de pensamiento como experiencias políticas producidas en otras latitudes a las situaciones particulares de un continente inserto en una economía-mundo capitalista. La metáfora de la *traducción*, puesto que designa una actividad creadora que, por cierto, es incompleta e imperfecta, no supone la delimitación de una jerarquía entre saberes locales y externos. Por el contrario, la idea de la traducción como proceso activo refiere, antes que a un proceso de «calco» o de «copia» de un original, a un trabajo de apropiación donde, desde materiales y conceptos dados (producto de condiciones sociales particulares) se produce una interpretación original de la tradición y, con ella, un conocimiento nuevo. Los casos de José Carlos Mariátegui, en Perú, o de José María Aricó, en nuestro país, como sostiene Martín Cortés (2010), son ejemplos en este sentido. Sus itinerarios intelectuales, cruce de praxis vital (política, editorial, cultural) y praxis teórica, revelan que esta operación de traducción no surge como actividad del pensamiento especulativo o del ejercicio hermenéutico del intelectual como «conciencia lúcida» o privilegiada de su tiempo. La traducción es, ante todo, producto de conexiones entre «procesos de la realidad» y «procesos de elaboración teórica», por usar una expresión del propio Aricó ([1988] 2005: 43). Me refiero, más específicamente, a la configuración de una trama social y cultural donde se despliega la labor de estos «traductores»: militancia partidaria o cultural, empresas de traducción y de edición de libros, dirección de revistas, participación en redes de sociabilidad y de intercambio intelectual internacional, grupos de estudio y de investigación, viajes de formación, exilios, son algunos de los escenarios que hacen posible la labor de estos mediadores culturales; allí se generan condiciones para la emergencia de reflexiones teóricas originales y para la producción de un conocimiento articulado a una situación o a un proceso social emergente.⁴

Es difícil, entonces, pensar la historia de esta vertiente del pensamiento latinoamericano por fuera de una *historia materialista de la cultura*⁵ y, sobre todo, de un estudio de su *dimensión transnacional constitutiva*. No se trata, claro, de una peculiaridad del marxismo, cuyo estatuto como corriente política y de ideas es, al menos desde sus fundamentos y desde sus autodefiniciones, internacional. Si la producción de saberes en cualquier sociedad nacional no está aislada de los procesos de circulación internacional de teorías, de individuos y de modelos de acción política, esta condición se hace más patente en un contexto nacional periférico (Neiburg & Plotkin, 2004). En este sentido, la historia intelectual de los saberes especializados sobre lo social en América Latina da cuenta que tampoco los modos «sociológicos» de descripción y de interpretación del mundo, como observa Carlos Altamirano (2004: 31), fueron producto de una «reflexión endógena», sino del ingreso, de la adopción y, eventualmente, de la adaptación de esas formas del discurso sobre la vida social. Si la recepción nunca es pasiva, si supone la adopción y, a veces, la adaptación de esos saberes externos, es en esa operación de «nacionalización» donde se produce un conocimiento nuevo. De allí que diversas investigaciones contemporáneas hayan focalizado su atención, tal como constatan Federico Neiburg y Mariano Plotkin, en «esas figuras que viajan o que migran, que leen en otros idiomas, que son capaces de traducir y de difundir ideas “de fuera” en el ámbito local» (2004: 25). Las trayectorias intelectuales de ciertos hombres de ideas se muestran como un campo de observación privilegiado para dar cuenta de las articulaciones entre lo nacional

y lo internacional y de la configuración de un marco internacional de relaciones de interdependencia donde se produce el conocimiento sobre lo social.⁶

Punto de partida, tanto como resultado teórico y metodológico de mi recorrido de investigación, las premisas hasta aquí enunciadas me permitieron definir un marco general y las categorías específicas necesarias para reconstruir y para analizar, en una zona de frontera donde se cruzan el interés por la historia intelectual de los estudios en comunicación, la sociología de los intelectuales y la historia del marxismo latinoamericano, el itinerario intelectual de Armand Mattelart. Insisto, se trata de una serie de premisas teóricas y de categoriales que me permitieron formular en sus inicios una problemática de investigación y que, al mismo tiempo, fui conociendo, adaptando y perfilando en el proceso de indagación y en la confrontación con mis propios materiales. El estudio de la trayectoria intelectual de Mattelart me posibilitó dar cuenta de cómo los estudios en comunicación latinoamericanos cobraron una identidad y un relieve propio en un contexto singular: la *vía chilena al socialismo* fue un laboratorio de experimentación política, social, cultural y comunicacional que habilitó la emergencia de preguntas teóricas novedosas y que dejó una huella imborrable tanto en el modo en el que el propio Mattelart pensó –y piensa al día de hoy– los vínculos entre sociedad, cultura y comunicación, como su propio modo de vivir la actividad intelectual (Zarowsky, 2013). Seguir su itinerario en el exilio francés me permitió reconstruir cómo cuestiones planteadas en el *laboratorio chileno* se volvieron productivas –a través de su trabajo de mediación– para pensar procesos y mutaciones de la vida cultural y comunicacional que –de más largo aliento en América Latina– hacia mediados y hacia fines de los años setenta eran incipientes en Francia. Al mismo tiempo, en su persistente diálogo con el continente, Mattelart puso a disposición investigaciones y reflexiones sobre procesos culturales, políticos y tecnológicos que, de uno y otro lado del Atlántico, permitían pensar fenómenos sociales en su especificidad latinoamericana, a la vez que en relación y en articulación con una escala-mundo.

Ahora bien, si su derrotero político-intelectual, del *laboratorio chileno* a la *comunicación-mundo*, ejemplifica las tesis que sostienen que el conocimiento sobre lo social se produce en *espacios de interconexiones múltiples*, no es redundante insistir en la determinación y en la historicidad de estos espacios. Lejos de tratarse de una figura excepcionalmente dotada de talento y de voluntad (aunque también los tuviera, pero este no es el punto), Mattelart formó parte, de cuerpo entero, de una densa trama cultural en la que, *desde posiciones subalternas*, se entrelazaron sujetos sociales emergentes, formaciones culturales alternativas o de oposición, instituciones académicas, más o menos consolidadas, y espacios de sociabilidad intelectual de carácter internacional. O, de otro modo: su itinerario da cuenta de la existencia en el período de una pujante y medianamente desarrollada, aunque siempre inacabada, heteróclita y subordinada, *esfera pública internacional popular*, que funcionaba como condición para el despliegue de su actividad teórica e intelectual. Se trata de una esfera pública que tuvo a Mattelart como protagonista destacado y que su praxis vital contribuyó a forjar (Zarowsky, 2013). Su perfil intelectual, múltiple y cosmopolita, nos pone en la perspectiva, en suma, de un conocimiento que se produce en el cruce de la *praxis teórica* y la *praxis vital* (en espacios sociales específicos e históricamente configurados) y en la articulación de lo *local* y de lo *transnacional*.

INTELECTUALES ENTRE LA POLÍTICA Y LA AUTONOMÍA: CRÍTICA DE BALANCES Y AUTO-REPRESENTACIONES

La relación entre conocimiento y política ocupa, desde hace siglos, a la filosofía política y, de manera más reciente, al marxismo y a las ciencias sociales. Se ha señalado su naturaleza diferencial y la necesidad de trazar una delimitación entre los términos de la oposición; o bien, se ha postulado su vínculo intrínseco y, a partir de allí, se ha meditado sobre sus líneas de demarcación y sus posibles formas de articulación. La cuestión ha representado un tópico ineludible en el campo de la tradición marxista pero también en el de unas ciencias sociales emergentes que buscaron desmarcarse de otras formas de conocimiento o de esferas de la acción social. El problema, claro, no es sólo de orden epistemológico: los modos en los que se consideran las relaciones entre saber y política, no son ajenos a las maneras en las que se viven y se fundamentan las (auto)definiciones sobre la propia identidad específica y se legitiman posiciones y formas de existencia en el espacio social.

Lejos de pretender introducirme en las innumerables variaciones sobre el tema, me interesa en este último apartado poner de relieve una serie de tópicos que en torno a esta cuestión configuraron una tradición de peso en el campo intelectual de la Argentina reciente. Los promotores de esta tradición, desde inicios de los años ochenta, revisaron los modos en los que en las décadas previas se había desplegado la cuestión de los intelectuales y de las disciplinas sociales en su relación con la política, cuestionando lo que, a su juicio, fue un proceso de subsunción de las prácticas intelectuales a una lógica de la acción política que implicó su disolución como prácticas específicas. En la actualidad, esta revisión del pasado reciente es puesta bajo signo de interrogación por una nueva generación de investigadores. La crítica de esta tradición –dar cuenta de sus condiciones de emergencia y de sus supuestos–, dado que en buena medida somos hablados por ella, se revela como una condición ineludible para pensar las preguntas que convoca este dossier.

Tal vez haya sido Beatriz Sarlo, en *Punto de Vista* (1985), quien expresó los ejes centrales de una línea de interpretación y de revisión que se volvería, a partir de entonces, más o menos consensual en una zona del campo intelectual argentino que había protagonizado un proceso de radicalización política en las décadas previas. Según la ensayista, a inicios de los años setenta en la Argentina el «imperio de la política» habría terminado imponiendo sus leyes «totalizadoras» a la práctica y a las lógicas intelectuales (1985: 3-4). Si hacia fines de los años sesenta se podía observar un modo de articulación entre la intervención política y la práctica cultural e intelectual que, en un marco de tensión constitutiva, no disolvía, sin embargo, las autonomías relativas y las especificidades, al final de la década del sesenta, y durante la primera parte de los años setenta, «la izquierda ya casi no se plantea la “cuestión intelectual” como cuestión específica: se ha resuelto –disuelto– en la política» (2001: 104). Se trataba, escribía Sarlo años más tarde, del «cierre de la cuestión intelectual» a partir de «una crisis de legitimidad de los discursos específicos» que abarcaba todo el campo cultural (2001: 104-105).

En esta línea, Oscar Terán, en *Nuestros años sesenta* (1991), ofreció un balance similar en torno al vínculo entre intelectuales y política en la nueva izquierda en la Argentina que, como él mismo explicitaba, no podía ser ajeno a su experiencia autobiográfica. Para Terán, el Golpe de 1966 había iniciado una etapa donde la política habría subsumido a la práctica intelectual: «La relación, hasta entonces, entablada desde la cultura hacia la política

bascularía hasta amenazar con canibalizar desde la política *tout court* el ámbito específico del quehacer intelectual»; con ello, se había producido un «vaciamiento de legitimidad de la misma práctica intelectual» (1991: 159). El mismo año en el que se publicó el libro de Terán, Silvia Sigal, en *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991) sostenía que hacia fines de la década y comienzos de los años setenta se había dado en la Argentina un proceso a partir del cual ciertos ejes ideológicos organizaron las prácticas intelectuales, en un proceso que se caracterizó por «la disolución de la entidad del intelectual, de la distancia entre pensamiento y comportamiento» (1991: 209).⁷ Siguiendo esta línea de interpretación, la investigación de Claudia Gilman (2003) sobre los dilemas de los escritores latinoamericanos en los años sesenta y setenta se volvió una referencia para estudiar la cuestión. Gilman amplió la lectura hasta aquí descripta a la situación latinoamericana en un libro excepcional e ineludible (por su escala de análisis y por la riqueza del material documental analizado) para pensar la relación entre intelectuales y política en el período. Según la autora, la tensión hacia la política que había caracterizado al campo literario en los años sesenta se había resuelto, finalmente, en el predominio de un marcado «antiintelectualismo» y en la subordinación de la figura del escritor-intelectual a la del «escritor revolucionario»; esto es, subsumiendo la supuesta especificidad de la práctica intelectual y literaria.

Ahora bien, nuevas generaciones de jóvenes investigadores han problematizado los supuestos y las condiciones de emergencia de esta línea de interpretación (de la que apenas hemos trazado una breve –y por ende algo esquemática– cartografía de sus promotores y sus núcleos centrales). Como parte de esta revisión crítica, Fernanda Beigel (2010) sostiene que la intervención pública de escritores, de artistas o de académicos, en general, se ha analizado bajo la figura del «intelectual» en una genealogía marcada por el debate francés y sus figuras notables (de Émile Zola a Jean Paul Sartre), sin demasiadas referencias a las políticas que se van desarrollando al interior de los campos a partir de los procesos de especialización. Por lo general, escribe Beigel, se ha utilizado la noción de *compromiso*

para nombrar aquello que hacen los intelectuales fuera de su *métier*, y «politización» para señalar las prácticas que no se consideran propiamente «científicas». Esto es, intereses que se «infiltran» en el ámbito académico, dando por sentada la existencia de una esencia «pura» que resulta siempre intrincado definir» (2010: 24).⁸

En la Argentina, según la autora, estas conceptualizaciones han reforzado la estigmatización de dos períodos históricos altamente controversiales del campo académico: la etapa de «modernización» de la universidad (1955-1966) y la etapa de «peronización» (1966-1976). Sin embargo, sostiene Beigel, existen algunas excepciones recientes que analizan las continuidades entre ambos períodos, y que dan cuenta de la «complementariedad entre los procesos de profesionalización y de radicalización política» (2010: 24). Su propia investigación sociohistórica y comparada sobre el desarrollo del campo académico de las ciencias sociales en la Argentina y en Chile demuestra que en nuestra región se desplegaron *formas relativamente autónomas de politización* que fueron intrínsecas al proceso de profesionalización y de institucionalización académica de las ciencias sociales. Así, una de las principales hipótesis de los trabajos que reúne en su libro *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico. Chile y Argentina*

(1950-1980) se construye, precisamente, en contraposición con «aquella suerte de “ley” que relaciona de manera inversamente proporcional la politización y la autonomía académica» (2010: 30). Más específicamente, los trabajos de la autora (2006, 2010) han dado cuenta de cómo las circunstancias particulares que se dieron cita en el *laboratorio chileno* entre fines de los años cincuenta y principios de los setenta (una coyuntura geopolítica que permitió el desarrollo de un alto nivel de institucionalización universitaria y de una serie de conexiones académicas internacionales), enmarcaron, en el cruce de lo local y lo transnacional, de la actividad científica y la intervención política, la elaboración de la que tal vez haya sido una de las contribuciones más originales y resonantes de las ciencias sociales latinoamericanas: las llamadas teorías de la dependencia.⁹

Neiburg y Plotkin (2004) sostienen, por su parte, que las tipologías clásicas para pensar el campo intelectual, por ejemplo, la de «intelectuales» y la de «expertos», responden a perspectivas sociológicas que lo analizan desde «visiones normativas y dicotómicas». Los partidarios de la primera confunden sus categorías de análisis con las categorías de identificación de los «nativos», y por eso reivindican nociones como las de «autonomía del campo», de «saber universal» o de «distancia crítica» como atribución de los intelectuales, y se lamentan cuando observan una supuesta pérdida de estas condiciones. Sospechando de esta visión, Neiburg y Plotkin invitan a reflexionar sobre la relación entre estas representaciones y las posiciones (des)interesadas de los agentes que las promueven. La serie de trabajos de investigación que compilaron en *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (2004) da cuenta de la existencia de espacios híbridos o, en sus palabras, de *intersecciones múltiples* –entre la universidad, la empresa privada, los emprendimientos intelectuales o la gestión pública estatal– donde se producen los saberes sobre lo social. Estos investigadores hacen hincapié en los estudios sobre las elites intelectuales y en su articulación con las configuraciones estatales.

Por su parte, desde los años noventa los trabajos de Ana Longoni y de Mariano Mestman sobre la relación entre vanguardias, cultura y política en los años sesenta y setenta pusieron de relieve el vínculo que tuvo lugar entre los procesos de politización y de radicalización de intelectuales y de artistas, su relación con sujetos emergentes y la producción de conocimiento sobre lo social. Entre otras cuestiones, que involucran tangencialmente a la historia de los estudios en comunicación en el país, pusieron de relieve cómo en el Instituto Di Tella –uno de los espacios de modernización emblemáticos del período– y alrededor de las intervenciones de Roberto Jacoby, Eliseo Verón y Oscar Masotta, entre otros, se generó en los años sesenta «un lugar de cruce productivo entre la experimentación y la teoría social y estética» (Longoni & Mestman, 1995: 138). La figura de Masotta sería «paradigmática» en este sentido: pone de manifiesto la intensa conexión que se dio, entonces, entre artistas e intelectuales, entre «sujetos que son, a la vez, teóricos y productores de arte de vanguardia» (Longoni & Mestman, [2002] 2010: 157). Los autores subrayaron el impulso innovador que las modernas teorías de la comunicación y los lenguajes de origen francés o norteamericano –que Masotta y que Verón leían y ponían en circulación a través de su actividad de mediación– promovieron en la práctica vanguardista. También advirtieron el vínculo, aunque hicieron menos hincapié en ello, con los modos en los que la imaginación estética de la vanguardia alimentó la imaginación teórica de las ciencias sociales (Longoni & Mestman, 1995; Longoni, 2004).¹⁰

Las posiciones y las contribuciones apenas reseñadas en este párrafo pretenden poner de relieve la existencia de una serie de legados intelectuales de peso en nuestro medio que han promovido modos de concebir la relación entre saberes sociales, intelectuales y política y, con ello, todo un balance de la historia reciente. Se trata de señalar la necesidad de sopesar las tradiciones heredadas, a modo de condición de posibilidad para una reflexión crítica, y la existencia de las nuevas perspectivas que proponen en la actualidad una nueva generación de investigadores.

A MODO DE CIERRE

Quienes suponen que el conocimiento sobre lo social se produce en espacios de especialización que lo preservan de las presiones y de las demandas de la política, edificaron sus posiciones y sus perspectivas en contraposición a otra tradición que tallaba fuerte en nuestro medio intelectual, sobre todo en los años sesenta y setenta: aquella que –dicho de manera breve y, por ende, algo esquemática– sostenía que o bien los «saberes populares» o bien «la política», según la variante –sin la mediación de algún trabajo o de alguna instancia específica de organización o de ruptura con las prenociones– eran fuentes de conocimiento o garantía de verdad para las ciencias sociales y para la práctica intelectual. Las posiciones populistas suelen reaccionar contra quienes hacen abstracción de las relaciones que existen entre lo social, los procesos de politización y la producción de conocimiento; al hacerlo, en un típico gesto antiintelectualista, autonomizan o bien a la política o bien a un supuesto saber popular (o a una combinación de ambos) para elevarlos, metafísicamente, al rango de condición o de fuente de verdad para el pensamiento social.¹¹

Frente a ambos polos, hemos argumentado que sería más fructífero y estimulante superar la polarización entre autonomía académica y/o intelectual, producción de conocimiento y politización. Se trataría, como programa de investigación, de interrogarnos sobre los modos en los que se han configurado e interrelacionado, históricamente, estos procesos. En el mismo sentido, en relación con las posibilidades y con la naturaleza de un pensamiento latinoamericano, apenas se han querido dejar planteadas algunas tensiones y dilemas. Se propone pensar sobre las interconexiones múltiples donde se produce conocimiento sobre lo social sin soslayar la existencia de relaciones y de intercambios internacionales asimétricos. Retomar los debates en torno a estas cuestiones nos permite reflexionar de forma compleja sobre una serie de vínculos productivos pero también conflictivos; pensar los saberes latinoamericanos como una impronta, antes que como una instancia pura o esencia; como un trabajo de articulación y de apropiación, antes que de delimitación; como punto de llegada, antes que como punto de partida. ■■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTAMIRANO, Carlos (2004). «Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina». En Neiburg, Federico; Plotkin, Mariano (comps.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

ARICÓ, José [1988] (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BEIGEL, Fernanda (2010). *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico. Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos.

BOURDIEU, Pierre [1990] (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

CORTÉS, Martín (2010). «La traducción como búsqueda de un marxismo latinoamericano: la trayectoria intelectual de José Aricó». *A Contra-Corriente, A Journal on Social History and Literature in Latin America*, 7 (3), pp. 145-167.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LONGONI, Ana (2004). «Oscar Masotta: vanguardia y revolución en los sesenta». En Masotta, Oscar (comp.). *Revolución en el arte. Por-art, happenings y arte de los medios en la década del sesenta*. Buenos Aires: Edhasa.

LONGONI, Ana; MESTMAN, Mariano (1995). «Masotta, Jacoby, Verón: un arte de los medios de comunicación de masas». *Causas y Azares* (N.º 3), pp. 127-140.

LONGONI, Ana; MESTMAN, Mariano [2002] (2010). *Del Di Tella a «Tucumán Arde». Vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: Eudeba.

LÖWY, Michael [1980] (2007). *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago de Chile: LOM.

NEIBURG, Federico; PLOTKIN, Mariano (2004). «Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina». En Neiburg, Federico; Plotkin, Mariano (comps.). *Intelectuales y expertos. La*

constitución del conocimiento social en la Argentina (pp. 15-30). Buenos Aires: Paidós.

PALTI, Elías (2007). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

SARLO, Beatriz (1985). «¿Intelectuales: escisión o mimesis?». *Punto de Vista* (N.º 25), pp. 20-32.

SCHWARZ, Roberto [1973] (2000). «Las ideas fuera de lugar». En Amante, Adriana; Garramuño, Florencia (comps.). *Absurdo Brasil, polémicas en la cultura brasileña* (pp. 45-60). Buenos Aires: Biblos.

SIGAL, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década de sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.

TARCUS, Horacio (2007). *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

TERÁN, Oscar (1991). *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

WALLERSTEIN, Immanuel [2004] 2006. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México D. F.: Siglo XXI.

WILLIAMS, Raymond [1977] (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.

WILLIAMS, Raymond [1981] (1994). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

ZAROWSKY, Mariano (2012). «Vanguardia, comunicación y populismo: itinerario intelectual de Aníbal Ford (notas para una historia de la comunicología argentina)». *Sociedad* (N.º 32). Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

ZAROWSKY, Mariano (2013a). *Del laboratorio chileno a la comunicación mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.

ZAROWSKY, Mariano (2013b). «Gramsci y la traducción. Génesis y alcance de una metáfora». *Prismas. Revista de historia intelectual*, Vol. 17, pp. 49-66.

ZAROWSKY, Mariano (2013c). «Oscar Masotta / Eliseo Verón. Un itinerario cruzado en la emergencia de los estudios en comunicación en Argentina». *La Trama de la comunicación*, vol. 17. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

REFERENCIA ELECTRÓNICA

BEIGEL, Fernanda (2006). «Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia». En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). Buenos Aires: CLACSO [en línea]. Recuperado de <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/critica/C05FBeigel.pdf>>.

NOTAS

1 Nota del Editor: la versión original de este artículo entablaba un diálogo con el tema del informe especial del número 31 de *Oficios Terrestres*, «Modos de pensar latinoamericanos», pero por razones técnicas no resultó incluido en dicha edición. Agradecemos al autor que haya aceptado la invitación a adaptar el artículo al nuevo número proponiendo una continuidad entre los «Modos de pensar latinoamericanos» y «Los nuevos desafíos de las ciencias sociales en la región».

2 Por economía de exposición se deja de lado, aquí, la complejidad que supone la distinción conceptual. Centro y periferia no son atributos fijos y estables. La cuestión varía según la escala de análisis: un país puede ocupar el centro en términos económicos y no en términos culturales, a la vez que existen gradaciones y jerarquías, tanto al interior del centro como de la periferia (Wallerstein, [2004] 2006).

3 En los años setenta, el crítico brasileño Roberto Schwarz ([1973] 2000) planteaba, de manera original, la problemática de la dependencia en relación con los procesos culturales y de ideación. Aunque su formulación sobre «las ideas fuera de lugar» no estaba exenta de ambigüedades y de aporías, como ha observado Palti, su mérito se hallaba en las preguntas que desplegaba como programa de trabajo: «Cómo abordar la cuestión relativa a la naturaleza periférica de la cultura local, tematizar la peculiaridad de la dinámica que dicha condición les impone a las ideas en la región, sin recaer por ello en los dualismos y, en última instancia, en los esencialismos propios de las corrientes nacionalistas» (Palti, 2007: 274).

4 Me permito citar un trabajo propio sobre la emergencia y los alcances de la metáfora de la traducción en Antonio Gramsci en relación con los avatares de su praxis político-intelectual y con su apuesta por «traducir» la experiencia revolucionaria rusa al contexto de la situación italiana (Zarowsky, 2013b).

5 Se utiliza la expresión en el sentido que le otorga Raymond Williams ([1977] 2009; [1981] 1994), quien ha puesto de relieve la especificidad del carácter material de la cultura tanto como su dimensión constitutiva de lo social.

6 En su historia de la recepción del marxismo en la Argentina, Horacio Tarcus (2007) recupera una vieja afirmación de Arthur Lovejoy que me resulta muy sugerente y productiva: las ideas son los seres más migratorios del mundo. Y puesto que no viajan solas, sino a través de los sujetos que son sus portadores, y que se fijan por medio de sus soportes materiales favoritos (libros, folletos, revistas, periódicos, etc.), el análisis –cita Tarcus a Fornet-Betancourt– debe dar cuenta de los itinerarios intelectuales y de las condiciones contextuales que facilitan o que dificultan la incorporación de una corriente de pensamiento dentro de la historia cultural de una determinada región.

7 Aun así, complejizando la cuestión y desplegando un argumento complejo por lo paradójico, Silvia Sigal entendía que la politización no se había producido en desmedro de la autonomía del campo intelectual sino que, por el contrario, se había desplegado en su seno. «En las condiciones de la sociedad argentina a fines de los 60 y comienzos de los 70 la decisión de dar el primado a lo político fue expresión de la más absoluta y vertiginosa autonomía de los intelectuales» (1991: 249).

8 Según Fernanda Beigel, especialmente entre los seguidores de Pierre Bourdieu se naturalizó una suerte de «ley» acerca del funcionamiento del campo académico «en el que rige una relación inversamente proporcional entre autonomía científica y politización» (2010: 22). En esta perspectiva la politización aparece como una disrupción que desnaturaliza una actividad que se espera ejercer desprovista de toda contaminación. En algunos casos, la «pureza» académica se convierte en un proyecto, que supone que es «deseable y posible desterrar los recursos “extracientíficos” y los agentes “extraños” al campo» (2010: 24). Como toda dicotomía, la oposición entre politización y autonomía se monta sobre una abstracción de las condiciones en las que se desarrollan los procesos sociales de especialización. El mismo Bourdieu, observa Beigel, ha demostrado cómo la propia autonomía académica es producto de las luchas políticas por conquistarla, e incluso una vez alcanzada, preservarla. En su trabajo sobre las teorías de la dependencia, la autora propone una serie de consideraciones ya no sobre los supuestos teóricos sino sobre las condiciones histórico-sociales en las que se generó y se expandió desde los años ochenta una corriente de revisión que «se inspira en el combate contra toda forma de articulación entre teoría y política» (2006: 305).

9 Por mi parte, en continuidad con esta línea, he señalado (Zarowsky, 2013a) que la figura de Armand Mattelart permite poner de relieve cómo en el laboratorio chileno y en el cruce entre las prácticas políticas de sujetos emergentes, los espacios académico-institucionales y los ámbitos de planificación estatal que su actividad promovió, se configuró una intensa trama desde la que se formularon interrogantes novedosos que contribuyeron a la producción de un campo problemático alrededor de los fenómenos de la comunicación y la cultura. Este amplió los horizontes del

debate marxista y de las ciencias sociales, lo que posibilitó la emergencia de los estudios en comunicación latinoamericanos y les dio una impronta distintiva.

10 Me permito citar un trabajo propio donde, siguiendo estas estimulantes hipótesis, me propuse trazar un itinerario cruzado entre Masotta y Verón para dar cuenta de las conexiones que se dieron *en* y *alrededor* del Instituto Di Tella entre la interpelación política, las prácticas de la vanguardia artística y el desarrollo de los estudios sobre cultura y comunicación. Estas conexiones dieron consistencia a una zona de intersecciones productivas entre la imaginación estética y la imaginación teórica, entre la irrupción vanguardista y la emergencia de un campo de problemas en torno a las cuestiones de la producción social de la significación sobre la que se desplegaría un proceso de consolidación disciplinar (Zarowsky, 2013c).

11 Para el caso de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina, me permito hacer referencia a un trabajo propio en el que analizo esta posición a partir de la puesta en relieve del «giro populista» de Aníbal Ford en los años ochenta (Zarowsky, 2012).